

¿Es terapéutico el bordado?

Valeria Petruzzi

Hace tres años comencé a bordar, primero de manera autodidacta, luego acompañada y motivada gracias al estilo de enseñanza de Amparo Villareal en el espacio Cristal en Buenos Aires.

Aprender a bordar me confrontó con un montón de fragmentos de mi persona, algunos amables, y otros que me cuestan un poco más amar. Enfrentarte a un lienzo en blanco despierta una pregunta absolutamente singular: lo que irá en ese fragmento de espacio vacío dependerá de uno y hablará por uno. Eso es fuerte.

Constantemente se erige la necesidad de tomar decisiones que implican abandonar opciones, ya sea la paleta de colores, la cantidad de hebras de hilo a utilizar, el tipo de tela, los puntos. En mi caso, la toma de decisiones nunca me resultó fácil y durante mucho tiempo me amparé en decisiones ajenas, en delegar en el otro la responsabilidad por mis propias elecciones. Por eso noto, por ejemplo, que me resulta más sencillo bordar patrones preestablecidos, porque al bordar un diseño ajeno me puedo relajar y dejar fluir. En este sentido, para mí el bordado es terapéutico, desestresante, limpia mi mente y focaliza mi atención en seguir una guía, pero a la vez este estilo presta-

do no me fuerza a tomar decisiones ni a expresar quién soy, salvo por la elección de ese patrón y no otro. Si bien la pericia técnica es mía, la obra no nace de mí y algo de mi subjetividad no se transmite a la tela.

Nunca bordé una imagen realmente mía y en eso estoy trabajando este año. Adapté distintas imágenes que adoro o que me resuenan, me convocan. La toma de decisiones de paleta, hebra, tela, puntos es una montaña rusa de emociones entre ilusión, temor, rechazo y enamoramiento hasta que finalmente la obra queda terminada y siento que ya no me pertenece. Mientras la estoy bordando soy una con la obra, muero por terminarla y a la vez quisiera que dure por siempre. Una vez que está enmarcada y ahí afuera en el mundo, ya vista por los ojos ajenos, es mía y a la vez ya no la siento propia, es fruto de mi trabajo pero tiene una existencia totalmente separada de mí.

Cada proyecto implica por lo general una investigación, que puede ser breve o extensa, y que puede tener que ver con información que está en el mundo o que está en mi interior, que habla de mí sin saberlo del todo. Al dedicar horas y horas a esa imagen uno va gestando un amor



incentivó, como hace siempre, a superar esas limitaciones autoimpuestas. No lo hace de un modo rígido, es casi un pedido de amor, una forma de trasmitirme sin palabras un deseo suyo, un curioso querer ver brillar esa luz única de cada una de sus alumnas.

Que haya un otro que guíe y acompañe, que tienda la mano cuando cuesta dar el paso, para mí al menos, es crucial. También lo son mis compañeras de taller, que desarman las autocríticas exageradas y me prestan sus ojos para ver mis bordados con una mirada amorosa que me llena de potencia. Verlas en sus propios procesos creativos es una bocanada de aire fresco que renueva mi conexión con la práctica; verlas enamorarse de un punto, de un color, fantasear proyectos, resolver los desafíos que van surgiendo, ser testigo del vínculo singular que cada una tiene con el bordado es muy valioso.

Con todas estas ideas en la cabeza, sumado a que casi sin saberlo, hace unas clases atrás Amparo me autorizó a pensarme como una bordadora hecha y derecha, no únicamente aprendiz, este año resolví trabajar para encontrar mi propio estilo. Descubrí que soltar las ataduras de las elecciones ajenas era mucho más sencillo que toda la fuerza que me sostiene atada a ellas. La brújula que me orienta es la intuición y un tipo de saber que va surgiendo en mí, que no tiene palabras, no es racional y no va a aparecer en ningún libro o producción ajena porque es absolutamente propia.

Una buena pregunta sería ¿por qué bordas? Quizás arrancar con esa pregunta podría ayudar a encauzar la respuesta terapéutica. Si la respuesta se relaciona con el bordado como un modo de distensión y relax, una manera de desconectarse de todo y conectarse con los colores y las

“Seguir la trama de la tela y quedarse en el encuadre o marco de un patrón me da paz pero no dice mucho de mí”

texturas, ahí tenemos algo del orden de lo terapéutico, de lo curativo.

En mi experiencia, siento un llamado creativo a la expresión. Es justo ahí donde siento el desafío y la dificultad. ¿Hasta dónde puedo expresarme sin la ortopedia de la imagen de otro? Por esta vía encuentro mi respuesta a por qué bordo. Yo particularmente bordo para averiguar qué hay más allá de ese límite que vislumbro en mí. Sospecho que el bordado opera como una especie de *médium* que puede potencialmente hacer existir eso que es único y singular en mí, que podría permitirme volverlo visible, volverlo imagen y entregarlo al mundo. Desplegarlo y desprenderlo, volverlo tangible. Idealmente volverlo estilo.

Valeria Petruzzi

Psicoanalista argentina, nieta de una modista italiana y de una bordadora y tejedora española, recorre el camino heredado de los hilos, desde hace cuatro años, de la mano amorosa de Amparo Villareal.